

RECUERDOS DE UN VIAJE DE MEDELLIN A BOGOTÁ

1863

(Conclusión).

XXIII

BOGOTÁ, 7 DE ENERO DE 1863

Tuvieron la pretensión de educarme en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, y ha de saber usted que ese honroso plantel tuvo siempre el secreto de hacerse amar vehementemente por sus hijos. Yo viví en él durante siete años, y casi no pasa un solo día de mi existencia sin que recuerde con afecto esas venerandas paredes.

El Colegio del Rosario, ó de los blancos, como lo llamó el pueblo de Bogotá, fue fundado á mediados del siglo XVII por el Sr. Arzobispo D. Fray Cristóbal de Torres, y sus Constituciones fueron calcadas con corta diferencia en las que servían á un establecimiento de idéntica naturaleza en Salamanca, donde aquel ilustre Prelado había recibido su brillante educación.

El Arzobispado de Bogotá era de pingües rentas, el Arzobispo muy rico, muy caritativo y de manos muy liberales, por lo cual no sólo el edificio que debía servir para albergue de los estudiantes se fabricó cómodo y de bella apariencia para la época, sino que también sus rentas quedaron aseguradas.

Era el fundador hombre avanzado en años, pero de graciosa y simpática figura, de conversación amena, propenso á chancarse, amabilísimo y culto en extremo. Cuando echaba los fundamentos de esa piadosa y útil casa dijo sonriéndose "que era un medio para restituir á sus ovejas el pasto que les había quitado."

Entre varias curiosas disposiciones de los estatutos del Establecimiento había dos que merecen citarse como importantes: la primera prohibía terminantemente el que fuera recibido como colegial ningún joven que no perteneciese á la nobleza, que tuviese entre sus progenitores la mancha de algún crimen cometido; y la segunda disponía que al tiempo de la recepción de todo alumno éste jurase, entre otras cosas, hacer alguna donación al Colegio *intervivos* ó por causa de muerte.

En el Colegio del Rosario hubo desde el principio ocho ó diez becas para jóvenes pobres, cátedras de jurisprudencia, de medicina y de sagrada teología. Y ¡cosa rara! las bases constitucionales eran con pocas excepciones netamente republicanas. Había Rector y Vicerrector, Consejo de Gobierno, elecciones, derecho de representación y libertad de palabra. Algunos han querido explicar por esto último la circunstancia de que durante la guerra de independencia y el establecimiento de la República muchos de los hijos del Colegio se hicieron notables por su ardor, entusiasmo y patriotismo.

En las reuniones públicas y en las de comunidad con beca, todos los colegiales debían presentarse de riguroso uniforme, que consistía en un bonete negro con dos picos con borlas, chaqueta y pantalón negros, medias y zapatos del mismo color, ropa de paño negro, beca blanca y el escudo de armas del Colegio prendido en la última y llevado sobre a parte izquierda del pecho. Este vestido estaba en conformidad con el más completo monaquismo, mitad traile, mitad clérigo, en que la fisonomía del joven colegial, siempre alegre y festiva, iba sofocada y envuelta por una atmósfera de ascetismo.

Las becas pagadas por el Colegio se ganaban por concurso, y se concedían á quien por voto unánime de la Comunidad se hubiera desempeñado mejor en un examen sobre puntos dados. El opositor privilegiado tenía deber de componer y decir un discurso casi siempre panegírico del fundador, y cuando se pronunciaba el nombre de éste, la comunidad entera, como si fuese movida por un resorte, se ponía inmediatamente en pie, en prueba de respeto y veneración.

Los alumnos del Colegio del Rosario, á pesar de ser, como todas las corporaciones estudiantiles, bullangueros, gozaron siempre, en tiempo de la Colonia, del patronato real, en tiempo de la República de la protección del Gobierno, y siempre del cariño de los notables y de las simpatías de la plebe.

En un principio poseyó, fuera de fondos cuantiosos en caja, varias haciendas tanto sobre la meseta como en las tierras calientes de los contornos. En el mes de Diciembre se daba asueto de quince días, y otras vacaciones de ocho en el curso del año, destinadas á lo que se llamaba *Paseo de Colegiales*. En mi tiempo, las vacaciones de Diciembre eran encantadoras, y las empleábamos en todo linaje de holgazanería y paseos al campo, baños en Fucha, el Boquerón y el río del Arzobispo, y visita á todos los belenes.

Alborotábamos horriblemente en las misas del gallo las iglesias de Santo Domingo y Egipto. ¡Pobre pueblo el que

elegíamos para el paseo anual! El Colegio suelto por esos campos se parecía á las huestes de Atila en campaña.

La imagen de Nuestra Señora del Rosario, hecha por las manos delicadísimas de D^a Mariana de Austria, mujer de Felipe IV, y regalada por ella al Colegio, era la patrona. Cada año se le hacía fiesta lujosísima, en que el sermón era predicado por el más gentil orador de la capital, y fue entonces cuando yo, aunque muy niño, me extasiaba con la elocuencia sobrenatural del Presbítero gaditano Sr. Guerra. Consagrábamos el día á comer, á beber, á brincar y á todo género de travesuras.

El sistema de estudios era sumamente cómodo; de suerte que quedaba mucho tiempo para los entretenimientos y ejercicios juveniles, cosa que á mi entender explica en mucha parte el tierno recuerdo que todos hacemos de aquel célebre instituto.

Durante mucho tiempo los escolares del Rosario mantuvieron cruda rivalidad con los de San Bartolomé: los segundos llamaban á los primeros *piojos*, sin duda por el contraste de la beca blanca sobre la hopa negra; y los primeros á los segundos *chorizos*, por una especie de rodete que llevaban en una de las extremidades de la beca roja. El antagonismo entre los miembros de las dos casas se trocaba frecuentemente en una ojeriza tal, que producía el escándalo de combates personales entre los jóvenes para sostener el honor de sus banderas. Aunque Santafé recuerda más de una escena bárbara nacida de la enemiga entre los dos Colegios, ello es cierto que al fin redundaba siempre en provecho mutuo, pues la emulación se hacía trascendental á los estudios por esmerarse unos y otros alumnos en ganar la primacía en los actos públicos literarios. No se escapaban de esta especie de celos ni los catedráticos ni los superiores mismos, lo que producía también reyertas de más alta significación, especialmente en tiempo de certámenes.

Sea por efecto de mala administración de parte de los Rectores encargados del cuidado del plantel, ó por motivo de otro género, vino á ocurrir que el Colegio empobreció notablemente, y aun amenazaba caer en bancarrota; y así hubiera acontecido á no ser por el vigoroso espíritu de corporación y por el cariño y celo de sus hijos. El Sr. Masústegui puede ser considerado como segundo fundador del Rosario, y el Sr. Valenzuela y el Arzobispo Caycedo como sus grandes benefactores.

Por el aspecto de las luces, nuestro Colegio alcanzó todo lo que era dable alcanzar en este país, y sus recuerdos históricos son dignos de orgullo y lisonjeros para la Patria. Todos

los grandes nombres nacionales tienen representantes honrosos en los Rectores é hijos del Rosario: los Ponces de León, los Mosqueras, los Torrijos, los Mutis, los Céspedes, los Garcías Torices, los Lamadrides, los Caycedos, Caldas, Castillo Rada, Nariño, Camilo Torres, Ignacio Herrera, Cabal, Duque Gómez, Núñez Conto, Lozano y doscientos ó trescientos más nobles personajes, llevaron sobre sus hombros la beca blanca.

En el recinto del Rosario pasaron las últimas horas de su existencia Caldas, la Pola y muchas otras de las víctimas inmoladas al furor y saña de los españoles.

Mi primera visita, y creo que la considerará usted natural, fue, pues, para mi vieja habitación. Entré por la casa rectoral y llegué á la sala del mismo nombre, en donde están reunidos los retratos de todos los grandes hombres mencionados y algunos otros. Como jamás, durante mis tareas literarias estuve en ese salón sino lleno de respeto y recogimiento, penetré destocado. Unos señores que trabajaban en el trazado de las cartas corográficas de la Unión me recibieron con mucha cortesía y me instaron á fin de que dejara mi sombrero en la cabeza. Lo visto hasta allí me contristó, porque no hallé sino señales de decadencia; pero al seguir adelante mi tristeza vino á ser profunda, porque me parecía que andaba aún en mis viajes por las costas meridionales del Pacífico, y que abordaba en aquel momento á una de las islas huaneras del Perú: tal era el cúmulo de inmundicias de que estaban llenos los cuartos, las galerías y hasta el patio principal.

Lo anduve todo, á pesar de la melancólica y dolorosa impresión que la diferencia de tiempos y estado de mi Colegio me provocaba. El silencio era profundo, y el lugar en que yo había visto durante siete años las figuras activas y llenas de vigor de José Duque Gómez, Juan Nepomuceno Núñez Conto, Patrocinio Cuéllar, Pedro Antonio Restrepo, Leonardo Canal, Juan Agustín Uricoechea, Pedro Gutiérrez Lee, Antonio María Pradilla, Ricardo de la Parra, Rafael María Giraldo, Francisco Eustaquio Alvarez, Januario Salgar, José María Vergara Tenorio, Antonio Vargas Vega y tantos otros que, ó se ha tragado la tumba, ó el mundo lleva envueltos, como á mí, en sus borrascas, no me mostró por único habitante sino un enorme gavilán, sería y gravemente posado sobre una de las barandas del claustro.

Motivos habría más que suficientes para que yo me extendiera en recuerdos hipocondríacos sugeridos por la situación; mas tuve por conveniente volver la espalda y dar por terminada mi visita.

Hasta el año de 1840, poco más, poco menos, las Consti-

tuciones del Rosario fueron mantenidas en plena vigencia y en conformidad con la voluntad expresa del fundador, por todos los Gobiernos de esta tierra.

Pienso que hoy llaman el Colegio del Rosario, Escuela Militar. No hay como nosotros los colombianos para esto de poner nombres altisonantes. Escuela Militar, Museo Nacional, Escuela Politécnica, Ateneo, Academia de Medicina, Oficina del Crédito Público, Sociedad de Naturalistas Neogranadinos, Liceos, Sociedad Filarmónica, etc. : cubiertas pomposas con que disimulamos nuestra ignorancia, nuestro atraso y nuestra miseria (1).

El establecimiento de casas para educar á la juventud en corporación tiene, como casi todos los negocios de este mundo, sus ventajas y sus inconvenientes. El lado bueno, que sin duda alguna se buscaba en los primeros tiempos de la colonia para la fundación de estas obras, era procurar el comercio de ideas, promover la discusión ó procurarla con la competencia y hacer brotar la chispa de luz con el roce del pensamiento. Eso se consiguió en gran parte; pero no quiero entrar en divagaciones sobre plan de estudios.

No soy antagonista sistemático de todo lo que hicieron nuestros progenitores. Por el contrario, ocasiones habrá en que examinando con justicia é imparcialidad sus originales costumbres, ponga enérgicamente mi dedo para llamar la atención sobre algunos puntos que hagan ver distinta la faz noble y honrosa de la humanidad.

XXVI

BOGOTÁ, 8 DE ENERO DE 1863

Se echaron los fundamentos de esta ciudad, como usted sabe, por D. Gonzalo Jiménez, primer descubridor y conquistador del que se llamó Nuevo Reino de Granada. Ocurrió esto en mil quinientos treinta y ocho, á seis de Agosto. Su progreso se obtuvo con rapidez, especialmente en lo material, y tanto que los más antiguos escritores sobre la historia hablan ya de los cuatro barrios que tiene este lugar.

No pretendo explanarme en pormenores sobre acontecimientos y vicisitudes referentes á esta capital. Ellos están con-

(1) A pesar de las borrascas guerreras á las cuales hemos estado sujetos, algún avance ha obtenido la República respecto á ciertos puntos á que aludimos en la relación de este viaje. Plegue á la Providencia enmendar nuestros errores y hacer andar con paso más firme y seguro á nuestros conciudadanos por el camino que conduce á la civilización.

signados hábilmente en muchas y muy buenas obras sobre la materia. Aspiro solamente á hacer como los golosos: probar un poquito de todo, á medida que la ocasión se presentare.

El área de terreno sobre que descansa la ciudad parece que servía como sitio de recreo á sus viejos propietarios, con el nombre de Teusaquillo. Su elevación sobre el nivel del mar es considerable; el frío de la temperatura, intenso; el aspecto físico, de belleza imponderable.

La mayor parte de los edificios de alguna importancia son obras de los siglos diez y seis y diez y siete. Los siglos diez y ocho y diez y nueve han refeccionado bastante, pero han construido poco nuevo.

Salvo algunas casas de reciente construcción, fabricadas con exquisito gusto, pero que no han extendido el perímetro del poblado por estar en el sitio de recientes demoliciones, todo el resto tiene el aspecto vetusto de muchas de las ciudades castellanas. El caserío en general es de mezquina apariencia, las calles bastante estrechas y no todas cortadas en ángulo recto, como lo habría permitido la excelente topografía del suelo.

Aunque no de gran magnificencia, hay en Bogotá varios edificios notables. Le corresponde primer puesto á La Catedral, que se halla en la Plaza de Bolívar. La iglesia de San Carlos, el Colegio de San Bartolomé, la iglesia de Santa Clara, el Observatorio, el Convento de San Francisco y el mercado público, fijan un poco la atención del viajero.

Por regla general todas las ciudades erigidas por nuestros antepasados sobre al espinazo de los Andes, son de pésima catadura, mirándolas por el lado del aseo. A este respecto Bogotá no se deja vencer por otra. La Paz, el Cuzco, Quito, Pasto, Tunja, etc., son especie de muladares, propios más bien para albergue de cerdos que para asilo de seres humanos.

Los extranjeros europeos, los americanos de todas partes y los granadinos de los diversos Estados de la Unión, todos, con muy raras excepciones, caen á la sombra del Guadalupe y del Monserrate, y quedan como remachados, porque efectivamente las ventajas físicas de Bogotá son grandes y numerosas: cielo limpio, aire sutil y salubre, agua purísima, terreno feraz, temperatura agradable, abundante alimentación, excelentes frutas, riquísimo pan, buenos caballos, paseos pintorescos, sociedad culta y agazajadora, y, sobre todo, para los jóvenes un grupo de lindas y chispeantes muchachas capaces de dar al traste con el casto sistema de Jenócrates.

Casi nunca ha habido policía por estos lados; pero en

cambio de eso llueve bastante y abundan los gallinazos. Quite usted á estos buenos barrenderos, aumente dos o tres grados la temperatura y deje las tradicionales inmundicias, y, palabra de honor, las lagunas Pontinas y la desembocadura de Misisipí serían infinitamente más sanas.

Abunda Bogotá en hombres sumamente espirituales y chuscos en la conversación. Los periódicos publicados por acá contienen con frecuencia artículos humorísticos de imitable donaire. El bogotano tiene en sí el genio del sarcasmo y de la sátira fina, y como la Metrópoli es absorbente de inteligencias, todos los Estados de la República han contribuído y contribuyen á engrosar esa falange de zoilos que tremola orgullosa y con bríos la bandera de la murmuración. Los hombres, por lo general, son tratados sin misericordia; pero ellos al fin son hombres, en tanto que las hembras sienten con frecuencia resbalar agudo y ponzoñoso el diente de la mordacidad sin poderse defender.

El Dr. Miguel Tobar comparaba la República á un cuerpo tieso, y decía: "Véanla ustedes: la pisan en un extremo y se mueve en todas partes."

Gonzalón es una celebridad del día. Hombre largo, desvencijado y con pescuezo de jirafa. Se encontró un día con Salomón Úricoechea, sujeto gordísimo, de cara muy ancha, de cuello corto y que sin duda ninguna se creía de mucho mejor inteligencia que Gonzalón, cuya apariencia lo coloca en la clase de esa fecunda familia que por estos mundos se conoce con el nombre de *paparotes*.

—Adiós, pescuezo de violón, dijo el segundo al primero.

—Adiós, violón sin pescuezo, respondió el primero imperturbablemente.

Zenón Padilla, Gobernador, es un Napoleoncito en cuanto á demoliciones y aperturas de calles. Las *guarichas*, que también muerden un poco, lo llaman *el terremoto de Las Nieves*. Padilla preside su obra; pasa González, se le detiene como de costumbre, y se le interroga:

—¿Cómo encuentra usted todo esto?

—Muy bello.

—¿Y las calles nuevas?

—Magníficas. Y me gusta la idea de que haya bastantes, para que tengamos donde vivir, porque así como así todos hemos de quedar en la calle. Era todavía el tiempo de la revolución.

Hoy he tenido el gusto de recibir en casa al ilustre antioqueño José Manuel Restrepo, autor de la *Historia de Colombia*. Es persona verdaderamente respetable y de mérito.

El Sr. Restrepo nació á fines del siglo último en Envigado, de una familia de origen puro y de admirables costumbres. Adquirió sus primeros conocimientos en Bogotá, y la guerra de independencia le halló, muy joven todavía, en el país natal. Entregado todo entero al cultivo de las letras y al servicio de su Patria, obtuvo sucesivamente altos y honoríficos puestos: fue Secretario del Dictador Corral, y con frecuencia Diputado á los Congresos, por su Provincia.

Organizada Colombia con un Gobierno regular, se llamó á Restrepo para que desempeñase una Secretaría de Estado y colaborara con el Libertador y con el General Santander, de quienes era amigo personal, en los trabajos gubernativos de entonces.

Disuelta la gran República de Colombia, desempeñó con lucimiento un cargo diplomático cerca del Gobierno del Ecuador.

De regreso á Bogotá fue empleado como Director de la Casa de Moneda, destino en el cual ha permanecido hasta hace poco tiempo. Hoy, avanzado en años y enfermo, trabaja sin descanso y lleva con el día los anales de la Patria.

Cuando era muy joven escribió una memoria sobre la geografía y la estadística de Antioquia, obra que contiene cosas superiores á la época en que se compuso.

Después, cuando Colombia estaba en punto de dividirse, hizo aparecer su historia en ocho volúmenes pequeños, que fue mal recibida porque adolecía de varios defectos, entre los cuales el influjo de ciertas pasiones políticas no era el menor. A esto debe agregarse el desaliño del estilo y la pobreza filosófica.

A pesar del mal éxito de sus primeros intentos como historiógrafo, este personaje, de estricta conciencia y pertinaz, no desmayó. Antes por el contrario, favorecido por la naturaleza de sus diarias ocupaciones, se entregó con actividad fervorosa al cultivo de su espíritu, al aumento de sus luces y á la mejora de su obra predilecta, considerando como base su primer ensayo.

Recuerdo un incidente de mi vida de estudios, que pinta claramente el celo y tenacidad con que este distinguido sabio perseguía el adelanto y perfección de su trabajo. Vivía yo en una casa fronterá á la suya, que es la de Moneda, y todas las noches, hasta las once ó las doce, divisaba al través de las vidrieras de su gabinete la venerable cabeza del anciano inclinada sobre un montón de documentos, y su mano armada de una pluma, corriendo infatigable sobre el papel.

Aunque escribir la historia de nuestra revolución fuese

Vivía en esta ciudad de Santafé, allá por los años de mis estudios, un anciano ya octogenario llamado Ignacio Herrera. Era hombre de alta talla, un poco encorvado, moreno, y vestía siempre largo levitón de paño burdo color de café. Llevaba de ordinario una mano sobre la cintura, un poco hacia la parte posterior, con la palma vuelta hacia atrás, y con un polvo de rapé entre los dedos para sorberlo con mucha frecuencia. Su rostro era citrino, su nariz regular, sus ojos grises y chispeantes, y su ademán, desde los talones hasta la cabeza, todo entusiasmo, energía, vitalidad y fuego.

Cito á este sujeto, por haber sido el hombre á quien he oído producirse con más calor sobre las excelencias de la libertad, de la emancipación y de la República, aunque también es cierto que sus principios demagógicos rayaban en lo inaceptable.

Nacido el Dr. Herrera en Cali, y educado en Bogotá, nuestra magna guerra lo encontró desde el principio como obrero infatigable.

Los españoles, para castigar las opiniones avanzadas del Sr. Herrera, le cogieron y sepultaron durante siete años en uno de los calabozos del castillo de San Felipe, en Puerto Cabello. El remedio no fue eficaz, porque ese hombre salió de allá con su alma todavía más entera y más romana que antes.

Su réplica iba siempre apoyada en algo; su fuerte era el Derecho Canónico, materia en la cual citaba á cada triquitraque. Además del Derecho Canónico, gozaba de vastísima instrucción en otros ramos: conocía varios idiomas, la filosofía aristotélica le era sumamente familiar; picaba algo en ciencias naturales; hablaba con precisión sobre política, geografía y teología; pero en lo que se mostró siempre más compacto y sólido fue en sus creencias y esperanzas republicanas.

Sería muy largo de contar todo lo original y extravagante que corre entre la gente respecto á este sujeto; mas como no escribo biografías sino perfiles, pasemos á otro.

El General Francisco de Paula Santander nació en Cúcuta, y recibió su primera educación en el Colegio Seminario de San Bartolomé de esta ciudad. La segunda la adquirió en los campamentos, en los libros, en las tertulias, en los viajes y en el bufete.

Cuando Santander entró en la carrera militar era un joven de bellos carrillos, vivaracho, festivo y además estudiante aprovechado. Hombres mejor colocados que él, le vieron sin celos cuando apareció en la vida pública; pero á todos los dejó atrás de él, salvo al Libertador, por haber vivido éste más aprisa y brillantemente que todos los otros.

La parte gorda de las campañas de este personaje estuvo en los Llanos de Casanare. El General Bolívar, en el año de mil ochocientos diez y nueve estaba con su ejército en Apure, rodeado, como se sabe, por un número de expedicionarios muy superior á la fuerza que él mandaba. Debía el héroe tomar cuarteles de invierno, porque la continuación de la guerra se embarazaba con las lluvias. El Nuevo Reino de Granada está quieto y silencioso, tendiendo humilde la mano para recibir el golpe de la pesada férula del Virrey D. Juan Sámano: no se mueve una paja: el genio de América, es decir, D. Simón Bolívar, burlando la vigilancia del enemigo, se desprende con una parte de su ejército de las anegadas orillas del Apure, dejando su brazo derecho á Páez, para que haga frente á los españoles; el Libertador atraviesa el Meta; pasa casi á nado con toda su gente por las inmensas planicies de Casanare; se pone al pie de la cordillera de los Andes; asciende sus declives orientales; combate y triunfa en Paya; vence en Gámeza; lidia en Vargas y en Corrales: gana la célebre victoria de Boyacá: toma á la capital. ¡Todo esto en poco más de cuarenta días! No sé si las campañas de César, si la célebre de Aníbal al traspasar los Alpes, ó alguna otra hazaña de las con que se engalana la historia universal, es superior á ésta; pero creo que no.

Di en esto, porque Bolívar, al pasar por Casanare, encontró en Tame con el General Santander y el padre Mariño, quienes, con una poderosa fuerza, se le incorporaron, lo que hizo que el primero se hallase en todos los encuentros y llegara á Bogotá con mucha fama.

En Santander veo más al organizador civil y al hábil político, que al guerrero; pues aunque siempre se portó decorosamente en los campos de batalla, su tino para mandar, no su valor para vencer, es lo que cautiva mi admiración.

Sus trabajos en los Llanos fueron por lo menos una tercera parte en la libertad del Nuevo Reino.

Cuando el Libertador, siguiendo los rayos luminosos de su estrella, marchó al Sur en requerimiento de la libertad, y cuando por consecuencias de la batalla de Pichincha, la gran Colombia se levantó gigantesca permitiendo al héroe obsequiar á otros pueblos con nuevas nacionalidades, entonces, mientras las huestes colombianas se paseaban victoriosas por todo el territorio del Perú, Santander, adolescente aún, guiaba con mano firme y segura, cabeza clara y corazón entero, los destinos dudosos de la República. Fue ese un período memorable para la América española y para el hombre á quien bosquejo someramente.

La tarea política de Santander estuvo siempre llena de obstáculos y de dificultades; pero su ingenio supo vencerlos constantemente, y logró extender la fama de su país muy fuera de sus confines. Hay pocos ejemplos de hombres públicos que hayan consagrado de manera tan espontánea y absoluta toda su existencia al servicio de una causa. Atender á las exigencias del ejército grande que batallaba en el Perú; neutralizar con destreza y buen éxito la organización quisquillosa y enfermiza de Bolívar; satisfacer las pretensiones encontradas de los hombres de sable y de lanza; burlar las maquinaciones de tanto abogado intrigante; recibir con ánimo sereno y frío la calumnia que, incesante, se cernía sobre su persona; proveer copiosamente á todas las exigencias de los diversos ramos de la administración; dirigir con habilidad la diplomacia; obtener recursos monetarios; arrostrar los acontecimientos de una guerra sin tregua; destruir astutamente los manejos ocultos y públicos de sus émulos, y guiar sin que zozobrase la nave de un Estado infantil sobre las olas embravecidas de un mar tan lleno de escollos, era asunto supremamente difícil; y sin embargo, el General Santander supo desempeñarlo cumplidamente, como después de él á ningún otro le ha sido dado.

No tenía el Vicepresidente de Colombia mucho cariño por la persona de Bolívar, y eso fue causa de que en el año de veintiocho se le considerara, con motivo ó sin él, como fautor de la insensata intentona del veinticinco de Septiembre. Por consecuencia de aquel suceso, Santander fue proscrito de Colombia, viajó por los Estados Unidos y por varias partes de Europa, y no regresó al suelo natal sino cuando el voto de sus conciudadanos lo hubo llamado á desempeñar la primera Magistratura de Nueva Granada. Sus viajes fueron provechosos para él y para la República.

Contra ningún hombre he oído y visto hablar y escribir más atrevidamente que contra éste. Pero en cambio no he conocido á ninguno que tratara con más desdén á sus enemigos. Apodososoces, burlas, sarcasmos, dicterios, epigramas, versos satíricos; todo lo más bajo y ruin se empleaba contra él, y á todo respondía con una chanza ligera, con una sententia. con una sonrisa de menosprecio. Dicen que el General Borrero le mató con un discurso pronunciado contra él en pleno Congreso. No lo creo: no era Santander hombre que muriera por semejante bicoca, y yo, que fui testigo presencial, aseguro que si por causa de discurso hubo de perecer alguno, ese debió ser su antagonista por la réplica recibida por él al día siguiente. Murió Santander de una enfermedad cal-

culosa del hígado, producida sin duda alguna por el predominio bilioso de su temperamento, por las penalidades de la campaña y por un trabajo de gabinete excesivo; porque está dicho que "el trabajo perfecciona al hombre y mata al sabio."

Era un poco desaliñado en su traje, llevaba casi siempre las telas ordinarias y baratas fabricadas en el país con el objeto de animar la industria; mas, á pesar de todo esto, era una gallarda y simpática figura la del General, un poco obeso en sus últimos años, pero de porte majestuoso. Peinaba siempre los escasos cabellos trayéndolos laterales con gracia y simetría hacia las sienes y llevando los anteriores hacia la cima de la cabeza; los bigotes le caían con orden sobre el labio inferior; las mejillas eran ricas de sangre; los ojos grises, pequeños y vivaces; los dientes blanquísimos; la nariz aguileña, y los movimientos, en general, acompasados, lentos y de soberana nobleza.

Este retrato es el de un personaje serio, grave y austero, y así era efectivamente en lo exterior. Mas había un no sé qué, una ligera sonrisa en las comisuras de los labios de aquel hombre, que me parece explica—por su constancia—el secreto de su permanente amabilidad. Sus compañeros de Gobierno lo estimaban; sus enemigos, que fueron siempre muchos, lo detestaban de todo corazón, sin dejar por eso de respetarlo; el pueblo en general lo quería, porque en fiestas, en reuniones públicas y en otras ocasiones se hombreaba y hermanaba delicadamente con él.

No sería del caso, atendida la estrechez de tiempo en que estoy, un juicio crítico sobre el administrador y el estadista; sin embargo oiga usted:

Santander fue justamente llamado por el Libertador *el Hombre de las leyes*; y no es poco elogio, porque además de ser cierto, el tiempo en que mandó era casi incompatible con la justicia.

Santander fue reformador, y sus reformas son quizá las únicas genuinamente liberales que haya visto esta tierra. Y es gracia que este hombre hubiera salido de la independencia para meterse en la libertad, porque eso no estaba en el programa de su época.

Nosotros hemos proclamado y practicamos, tanto en lo moral como en política, el derecho de ensayo, por mayor y por menor; y es cosa notable que los ensayos del tiempo á que me refiero, sean los menos chocantes y los menos opuestos al buen sentido.

El Jefe del Gobierno era esmerado en todo negocio pú-

blico. Los accidentes de administración, las escuelas, los colegios, los hospitales, las oficinas, todo, en fin, era invigilado por él, y no había parte donde no se le viese. No hay duda que Santander fue una gran figura americana, una ilustración histórica y una notabilidad que ha de vivir perpetuamente en nuestros anales.

XXVI

BOGOTÁ, 10 DE ENERO DE 1863

Ricardo de la Parra hacía los últimos cursos de lo que llamábamos *Facultad mayor*, cuando yo declinaba nombres latinos. En dos años se hizo recibir Doctor en leyes y Profesor en Medicina. Existía una completa relajación en el plan de estudios, y nuestros sabios se hacían, no á vapor, porque eso era muy lento, sino por telegrafía eléctrica. Los Doctores de una sola yema eran generalmente malos; los de dos, pésimos. El Doctor Parra, á pesar de su talento se encontró en el último número; no porque careciera de ricas facultades intelectuales, sino por falta de labor. Un poco más tarde redondeó sus títulos literarios instruyéndose mucho.

Salido apenas del Colegio, se dedicó al profesorado siguiendo la máxima *docendo docemus*; pero eso duró bien poco y se redujo á un curso de medicina legal. Luégo fue nombrado agrimensor, oficio que tampoco le convino.

La revolución del año de cuarenta lo conmovió hasta hacerle tomar parte activa como exaltado ministerial en defensa del Gobierno del Dr. Márquez. En unión de José Eusebio Caro y otros jóvenes, se metió á pelear batallas. Tiene gran valor personal, cosa que le es enteramente fácil, porque es puntilloso y sobre modo enérgico, y acaso también porque no alcanza á distinguir los pormenores del peligro. Es y ha sido siempre uno de los hombres de hechura física más rara y desgarbada; pero en compensación es una de las naturalezas morales más bellas y perfectas. Tiene cuerpo de regular tamaño, piel morena de indio, ojos pequeños muy separados, nariz regular, mirada inquieta, movimientos ágiles, palabra precipitada y confusa, y todo él está listo para entrar en insurrección y tumulto al menor estímulo de sus alteradas pasiones. Sobre la cara de Parra hay numerosos huequecillos de cuyos bordes brotan saltones algunos pelos de escasa barba; mas á pesar de esto su fisonomía es distinguida y simpática. Acomoda su figura electrogalvánica á la expresión más dulce y amable del mundo.

Todavía sin concluir su tarea de soldado, redactó en compañía de su amigo el Dr. Rafael Ribas unos cuantos nú-

meros de periódico con el nombre de *La Nueva Era*, escrito bastante incorrecto tal vez, pero en que el fuego sagrado de la juventud se mostraba con los más nobles caracteres. Fue también un poco diplomático por su cuenta y riesgo, lo que le valió no pocas burlas de parte de los cachacos y de los periodistas.

Inaugurado el Gobierno del General Herrán, Parra ejecutó en su periódico una voltereta transformándolo en *El Joven*, título que imprimió carácter al escritor, porque desde entonces lo mismo era decir *El Joven* que Ricardo de la Parra. Esta nueva tarea le puso en situación especial, porque el espíritu de *El Joven* giraba hacia el lado de las ideas genuinamente liberales, y porque sacudía con dureza la administración Herrán, lo que atrajo sobre el periodista la formidable cólera del Gobierno. El Arzobispo llamó á Parra *Sansimoniano*, reservándose el derecho de llamarlo más tarde *pantefista*, mientras que el Gabinete, para cortar de un solo tajo la cuestión, le nombró Prefecto del territorio de las Bocas del Toro. Allá estuvo tres años, oreando su cabeza con las brisas un poco excitantes del mar Caribe, con el sol ardiente de sus playas y con la lectura incesante de la más abstracta y sutil filosofía. De regreso era una especie de Kant, y más si es posible, y además poeta de arreboles, ondas, murmurios, reverberaciones, éxtasis, intuiciones, grana, ópalo, turquí, topacio, etc. etc., y prosador de palabras extrañas, de raíces tomadas al griego, gemonías, embriogenias infinitas, palingenesias y no sabemos cuántos más por el estilo.

Este hombre sabe más que muchos, pero su ciencia y su vida son puramente internas. El mundo exterior es casi nada para él, que no tiene de la existencia común sino el movimiento de la máquina. Es rico de ideas, de percepción íntima y de pura especulación mental y pobre en ideas prácticas, porque la materia toca escasamente sus órganos corporales. Es miope, tardo de oído, de piel gruesa y huele y gusta con imperfección.

Organizaciones de esta clase, opulentas en fluído nervioso escondido en los centros del sistema, deben ser y son, en efecto, raras y curiosas para el estudio. El Dr. Parra mantiene un hervidero de ideas en la cabeza, y tan atormentado vive con ese extraño combate intramuros, que más parece un caso patológico que un hombre normal.

Tiene fe de carbonero relativamente á la perfección indefinida de la humanidad, y en todos sus escritos y discursos, por más griegos, hebreos y egipcios que sean, se percibe en vuelta en los pliegues de su argumentación esta consoladora

y divina creencia. Es un hombre completamente raro en sus propósitos; el entusiasmo se apodera de su alma con rapidez de rayo, y entonces la verdad y el error toman en su pensamiento los contornos netos y perfectos de las convicciones profundas.

Ha sido Representante al Congreso, y ha desempeñado papel de orador, que en ocasiones solemnes llega á ser sorprendente. Principia su discurso con cierto tono flemático y frío, y un momento después entra en la cuestión y toma siempre el giro calenturiento y brioso de su carácter. Pasado algún tiempo, su cabellera se eriza, sus ojos se abren, sus labios brotan espuma y se ve en su persona la invasión de un ataque cuasi epiléptico. Incontinenti crece la fogosidad, abandona su asiento, avanza por entre sus colegas, gesticula, manotea, grita, se aproxima al sillón del Presidente, se encara con éste, se aísla, pierde la conciencia del lugar y concluye su arenga como en certamen singularísimo tratando todos los puntos de la metafísica, de la alegoría y de la maravilla. En tales instantes tiene arranques felices de la más concreta y sublime elocuencia.

Un Diputado dice: "El Dr. Parra vive siempre en las nebulosas." "En las nebulosas no, replica al momento; junto al trono del Eterno sí, mientras usted se arrastra por la superficie de la tierra (1).

MANUEL URIBE ANGEL.

PIN

(1) Ricardo de la Parra nació en el pueblo de Isa en Noviembre de 1815. Fueron sus padres D. Juan Francisco y D^a Ana Gregoria Díaz.

La situación de su familia era la de una honrosa y digna medianía. Su tío, el Dr. N. Parra, protector infatigable de la familia, era Cura del pueblo en que nació el sobrino.

Desde muy niño estuvo nuestro compatriota en Bogotá, con el fin de recibir una esmerada educación, tan esmerada como los recursos de entonces permitían darla á un joven. La guerra de independencia, con su influjo particular sobre la juventud, cobijó su niñez.

Desde muy temprano se notó algo raro en las tendencias intelectuales de aquel niño. Sus facultades de espíritu no tenían la lucidez del verbo espontáneo, pero su tenacidad y su consagración fueron notables desde el principio.

Pasados los primeros esfuerzos de su educación primaria, entró al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Hizo en él un curso de lo que entonces se llamaba filosofía, y se distinguió si no por la altura de su inteligencia, sí á lo menos por su aplicación al estudio y por los arrebatos de su argumentación y por los giros especiales de su perceptibilidad.

Concluido el curso de filosofía, entró en tareas de Facultad mayor, como se decía entonces. Dedicado al estudio de la medicina y del derecho patrio, obtuvo sus grados en ambas materias entre los años de 1837 y 1838. En aquel ilustre plantel de educación tuvo la ventaja de oír la voz autorizada y respetable de Castillo y Rada, de Ignacio Herrera, de Estanislao Vergara, de Tomás Núñez Conto y del florido y lírico Duque Gómez. En el mismo establecimiento ligó relaciones de amistad con los jóvenes más prometedores de gloria nacional. José Eusebio Caro, Rafael Ribas Mejía, Patrocinio Cuéllar, Pedro Vera, José María Caicedo, Juan Malo, Pedro Antonio Restrepo y Antonio María Pradilla.